

UN ACTOR GLOBAL PARA UN MUNDO MEJOR

La Unión Europea tiene la voluntad y la obligación de ser un actor político global, capaz de movilizar todos sus recursos disponibles — económicos, comerciales, humanitarios, diplomáticos y, obviamente, militares— para actuar de manera coherente y efectiva en el mundo. Un conjunto de países, entre los más ricos del mundo, y con una población que supera los 450 millones de personas, deben estar dispuestos a compartir la responsabilidad de la seguridad internacional y a trabajar para la construcción de un mundo mejor.

Ésta es la motivación central que ha alentado el desarrollo de la política de seguridad y defensa (PESD) de la UE. Pocos hubieran podido predecir, hace cinco años, los avances que se han registrado en este campo. Hoy ejercemos responsabilidades directas en la gestión de crisis en distintos puntos de Europa y del resto del mundo, tenemos un Comité Militar y un Estado Mayor, llevamos a cabo operaciones militares, tenemos una Agencia de Defensa, una cláusula de solidaridad ante los ataques terroristas y, sobre todo, una visión común de las amenazas a las que nos enfrentamos y de las respuestas adecuadas. Tenemos, en definitiva, una auténtica Estrategia Europea de Seguridad (EES).

¿Cómo se ha llegado hasta aquí? La grave crisis vivida en los Balcanes durante la década de los noventa fue sin duda un punto de inflexión. Generó entre los europeos la voluntad de actuar juntos para establecer, en el marco de la Unión, los instrumentos necesarios para la resolución de crisis. Con esa ambición como espuela, hemos desarrollado los instrumentos, definido las capacidades y acumulado

experiencia en situaciones reales de crisis. La adopción de la Estrategia de Seguridad por los 25 jefes de Estado y de Gobierno en diciembre de 2003 es la consecuencia lógica de esa acción colectiva.

La política de seguridad y defensa de la Unión no es una cuestión de elección, sino de necesidad. En un mundo global no resulta posible separar artificialmente la prosperidad y la seguridad. Los europeos no podemos mantenernos al margen de las convulsiones que sacuden al mundo ni eludir nuestras responsabilidades en la reducción de los efectos negativos de la globalización. Además, la gestión de cualquier crisis internacional tiene necesariamente que estar basada en el multilateralismo. No hay país que pueda hoy actuar en este terreno solo.

La Estrategia de Seguridad Europea es, en cierto modo, el documento de identidad estratégico de la UE. Presenta a la Unión como un actor global en el terreno de la seguridad, vigilante ante el terrorismo y la proliferación de las armas de destrucción masiva, así como ante otras fuentes más tradicionales de inseguridad —conflictos regionales, quiebra de Estados, crimen organizado a gran escala— que se retroalimentan en muchas partes del mundo. Un actor global convencido de que su seguridad y el progreso de sus valores dependen de la consecución de tres objetivos estratégicos: ser capaz de afrontar las diversas amenazas, garantizar la seguridad en su entorno próximo y fomentar un orden internacional basado en el multilateralismo efectivo. Un actor, en definitiva, creíble, activo en la gestión y, sobre todo, en la prevención de crisis, decidido a desarrollar sus capacidades militares, diplomáticas e industriales, y coherente a la hora utilizar sus diferentes instrumentos de acción exterior.

Varias lecciones deben guiar la actuación de la UE en la escena internacional. Tras el fin del sistema bipolar, la sociedad internacional se halla expuesta a diversos factores que, si por una parte promueven la unidad, por otra generan crisis. El mundo es más complejo y por ello más impredecible. Reducir el sistema internacional a una confrontación simplista de un grupo contra otro, enfocar las crisis desde un punto de vista estrictamente militar o pretender secar las fuentes de conflicto a base de cooperación económica y comercial exclusivamente son callejones sin salida. El valor añadido de la estrategia de la Unión radica precisamente en su capacidad de combinar todas estas facetas de la actividad internacional.

En segundo lugar, la coherencia es la clave del éxito. Urge reforzar la coherencia entre los medios civiles y militares de nuestra acción exterior, entre la política de desarrollo y la política de seguridad, entre las actuaciones de las instituciones y las de los Estados miembros, entre la diplomacia y la defensa, entre el papel de la Unión y el de otros actores internacionales. Debemos utilizar todos nuestros instrumentos para la solución de los conflictos lo más inteligente y coherentemente posible.

Tercera lección: hay que encontrar el equilibrio entre los países europeos y las instituciones de la Unión. Aunque los Estados soberanos sigan siendo actores ineludibles, en un mundo globalizado las crisis y problemas regionales no pueden ser resueltos por los Estados actuando en solitario. Esto es cierto para todos, desde el más poderoso hasta el más débil.

Las nuevas instituciones previstas por la futura Constitución europea ayudarán a que surja un interés general europeo. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores de la UE, a través de su capacidad para escuchar y tomar iniciativas, jugará un papel muy importante, como lo harán también las reglas relativas a la flexibilidad y a la cooperación reforzada en materia de defensa.

El proceso de construcción europea se inició, ha-ce cincuenta años, con la noble ambición de erradicar definitivamente la guerra y el uso de la fuerza en las relaciones entre los miembros de la familia europea. Añadiendo la política de seguridad común a sus competencias tradicionales, la UE desea proyectar al resto del mundo la estabilidad que ha construido pacientemente en su seno. Hemos de fomentar en el sistema internacional los mismos valores que compartimos a 25: la paz, el Estado de derecho, la justicia y la democracia.

Javier Solana es Alto Representante de la UE para la Política Exterior y de Seguridad Común.

Publicado en la edición especial del diario EL PAÍS conmemorativa de su número 10.000